

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 15 Abril 1915.

Número 15.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Mariano de Cavia

El miércoles último le hicieron en el cráneo una operación quirúrgica difícil y peligrosa. Hoy lunes, se encuentra en buen estado.

Me felicito del feliz resultado de la operación, como hombre, como español y como escritor, por ser Cavia uno de los que más honran y prestigian esas tres palabras.

JOSÉ NAKENS

El matrimonio de Pey Ordeix ante los tribunales

Hoy lunes, á la una y media de la tarde (hora en que los madrileños que pueden hacerlo están almorzando), se verificará en la Sala primera de lo civil de la Audiencia la vista del recurso contra la sentencia del Juzgado de Instrucción en el litigio que de Real orden sigue el Ministerio fiscal sobre validez del matrimonio civil de Pey Ordeix, celebrado en Francia por haberse negado á otorgar la correspondiente dispensa al Estado y la Santa Sede.

Es el primer caso de esta naturaleza que se propone ante los Tribunales, en cuya solución se verá la orientación de la Justicia en este problema del matrimonio civil, ya resuelto en todos los Estados.

En el próximo número dirá EL MOTÍN lo que haya ocurrido en la vista.

Documentos para la historia de mi matrimonio

Al cerrarse la edición de este número, se estará celebrando en la Audiencia de Madrid la vista del litigio fiscal en 2.^a instancia seguido de Real orden contra mi matrimonio civil.

Para que la crítica pueda juzgar con mayor fundamento la causa, voy á publicar algunos documentos esenciales en el juicio, y que no han sido evocados.

El primero es la instancia al obispo de Madrid-Alcalá para que cursara las preces á Roma, como así lo hizo en 1906 1907. Dice así:

Excmo. Ilmo. y Rmo. Señor

El que suscribe etc. residente en esta ciudad.

A V. E. Ilma. y Rma. con la mayor veneración y respeto tiene el honor de exponer:

Que por las razones someramente indicadas en las adjuntas preces á S. Santidad, ha determinado contraer matrimonio, en el cual puede hallar la paz espiritual y la tranquilidad temporal que había perdido hasta hacerme odiosa la vida. La reverencia que debo á la Iglesia me obliga á pedir la conveniente dispensa canónica. No se me ocultan las dificultades con que la Santa Sede tropieza al tratarse de tales concesiones, ni tampoco lo inútil que suele ser el cursar estas preces en la forma establecida para tal clase de recursos; por lo cual la prudencia aconseja buscar la forma que pueda ser más eficaz para mover el ánimo de Su Santidad y para facilitar la libre acción de la Santa Sede, removiendo los obstáculos que suelen impedirlo.

A este propósito hame parecido lo más juicioso acudir á V. E. Ilma. solicitando su bondadoso concurso: y para que pueda prestarlo con perfecta conciencia, cúplame suplicar á V. E. fije su atención sobre el anómalo estado en que me hallo, por virtud de circunstancias irremediables.

Desde que cayó sobre mi el rayo de la excomunión del Santo Oficio y desde que se me obligó á aceptarlo y á publicarlo por mi mismo en el pregón de una abjuración que no hubo medio de evitar; ante la conciencia del pueblo fiel de todo el mundo, (pues en todo él fué declamado y comentado aquel documento), habría de aparecer en lo futuro como el cismático y hereje convicto, confeso y sentenciado, y por tanto, como sospechoso siempre por aquello del Derecho Canónico: «semel malus semper praesumitur malus.» Y cuando el pueblo fiel poniendo una excepción á la Historia diera al olvido aquel pregón infamante autorizado por mi firma, su recuerdo no podría borrarse de mi conciencia, ni yo podría creer en aquel olvido, ni menos en una rectificación de juicio sobre mi conducta que atenuase ó rectificase los delitos por mí confesados y publicados, en forma y circunstancias cuya evocación me lastima. En el momento de una tan universal difamación en España y

fuera de ella, recordé el juicio que á un Santo Padre merecieron ciertos acusados que decían haber confesado delitos que no habían cometido, llevados de la coacción y en obsequio de la autoridad. «Si son ciertos los delitos—decía—culpables son por haberlos cometido; y si no son ciertos, son culpables por haberles confesados». Hasta entonces Excmo Señor, no había comprendido la propiedad con que se llama *rayo mortal* á la excomunión: ciertamente su herida es de muerte definitiva para la personalidad canónica moral: es una desfloración de la fama que ya no hay manera humana de reparar. ¿Cor: qué entusiasmo podía ya trabajar por la Iglesia, después de esta mortal herida que no es posible cicatrizar? El rayo mata: yo estaba matado: los muertos... no predicán, no confiesan, no glorifican, no honran... hieden. Yo, muerto, no habría soportado los gestos de mal olor de los vivos; por mi mismo busqué el cementerio, para no sufrir la tortura de las miradas molestadas, de los gestos mohinos, de las inspecciones sospechosas.—Tal efecto en mi ánimo lo había previsto y advertido, á tiempo de evitarlo: no se quiso evitar: creyeron poder resucitarme; pero ¡ay! un insecto puede matar á un coloso: los hombres todos, la naturaleza toda no puede resucitar una mosca. Estoy muerto moralmente ante los cánones: cuando todo el mundo dijera que vivo y puedo resucitar, mi conciencia repetiría lo contrario, y, Excmo. Señor: si un hombre sano se cree enfermo, es inútil tratar de argüirle: padece la enfermedad de la ilusión: hay que dejarle: el médico que llame loco á tal enfermo, de pruebas de ignorar la existencia de esta enfermedad terrible de las alucinaciones.

Inútil para el ministerio ¿qué objeto me restaba en él? Reingresar, para estar bajo el eterno suplicio de la sospecha y de la fiscalización que habrían exaltado mis nervios y me habrían impulsado irresistiblemente á nuevas campañas más vivas. Esto, sobre ser un suplicio loco y una empresa temeraria, habría puesto en riesgo mi vida temporal y eterna y quizás la paz de la Iglesia. ¿Pasar por todo, haciéndome estóico y escéptico, y cuidarme sólo de vivir y medrar? Este oficio es rechazado de mi conciencia y reservado á los simoníacos. Por estas y otras razones expuestas al Delegado del Santo Oficio, Excmo. Cardenal Casañas, decidí renunciar al ministerio y pedir á la Iglesia no la congrua sustentación gratuita, sino que me permitiera dedicarme á escribir para el público, á estilo seglar, como así se concedió con cláusula de elasticidad indefinida, y cuyos límites no pedí se señalaran por no molestar á la autoridad. Pero desde luego me consideré exonerado del derecho y deber eclesiástico en todo lo que al caso atañe y he aquí que me hallé colocado en un estado por demás extraño y difícil que considero necesario indicar ligeramente á V. E.—Publicáronse y fueron leídas en las misas parroquiales los Decretos que me infamaban con justicia ó sin ella: fué publicada por toda Europa mi abjuración deprimente: pero ni la Congregación del Índice publicó mi *laudable sumisión* en la forma legal acostumbrada, ni se ha publicado cosa alguna ordenada á restablecer mi buen nombre entre los fieles. De aquí que estos continúan sobre mí la odiosidad provocada por aquellos escritos difamatorios; y hasta tal extremo he tocado esta infamación y lo inútil de mis esfuerzos para corregirla, que he desistido de toda reclamación y queja, y por no molestar á la autoridad, lo he cedido todo,

absolutamente todo, y me he visto precisado a adoptar un nuevo nombre y apellido. Así he salido del ministerio: sin títulos, sin honor alguno, sin dinero, sin oficio, sin salud, sin fama y sin nombre. Si algún castigo más atroz queda, no lo sé imaginar; me llevo una juventud perdida en trabajo estéril para la futuro, los efectos de las calamidades pasadas, las deudas contraídas, las enfermedades, la odiosidad... y el deber clerical.

Excmo. Señor: ¿pudo pedirme ó pude dar más a la Iglesia? ¿Pudo ella quitarme más y darme menos?... Todo lo doy por pasado; renuncio a todos mis derechos; deseo sólo tranquilidad de espíritu y paz, ¡paz!, sólo paz; y pues en el ministerio hallé sólo guerra, me he alejado de él.

¿Dónde está mi paz? He aquí, Excmo. Señor el punto culminante. He hallado mi paz en el amor. Sé muy bien que no es costumbre oír en la Iglesia este lenguaje; pero no hay razón, fuera de la hipocresía, para prohibirlo. En el amor he hallado una nueva orientación de mi vida: un apoyo en mis desfallecimientos, un freno a mis ímpetus, una compañía en mi soledad, una suave atadura a la vida y un manantial de aspiraciones que embellecen mi existencia y me florea esta espinosa situación. A Dios bendigo incesantemente por haberme dejado descubrir este secreto de felicidad cuando ya solo esperaba la desesperación y el fastidio. Este amor se ha hecho, para mí, necesidad extrema, y es el único acicate que tengo para desear vivir y que me da alientos para trabajar. El ha despertado en mi espíritu el sentimiento de la paternidad en forma tal que hallo tan triste y desairada para un viejo la frase «sin hijos» que le vinculen a lo venidero, como lo es para el niño la frase «sin padres» que le enlacen con el pasado. —Y era lógico que así sucediera, porque la virginidad y el celibato son, no virtudes finales y supremas, según San Bernardo, sino morales y medias encaminadas y aun supeditadas a otras; y estando la continencia celibataria principalmente ordenada a dejar más expedito el ministerio, según claramente le insinúa San Pablo; en faltando este ministerio, como en este mi caso, falta el objeto principal inmediato. Y al encontrarme en este estado seglar, renunciada la paternidad espiritual, era muy lógico que al sentirse sin su objeto el veto celibatario, se vea sin base y como fundado en el aire, y entonces se convierte en carga onerosísima y en impedimento, no sólo para la vida santa conyugal, bendecida por Dios en el Paraíso y consagrada por Jesucristo en términos irrefragables, lo cual no acontece tan expresa y claramente como el estado aquel votivo, sino que surge además como impedimento para la paternidad y aísla del linaje al individuo, y le entrega a la tierra como sarmiento estéril, sin dejar huella de su existencia.

Y he aquí que ahora me encuentro desposeído de todo derecho clerical, pero habiendo de soportar el deber más oneroso y más grave. Ante los cánones particulares de la Iglesia latina, sé que esta disciplina es indiscutible: pero ante la justicia absoluta, sería difícil concordarla con principio alguno de Moral universalmente reconocida.

No es mi objeto analizar esta justicia; antes bien la acato y busco la solución dentro de ella, instando la Dispensa Pontificia. —En las varias gestiones preliminares que llevo hechas, se ha querido convencerme de la imposibilidad de conseguirla; porque —dice— el celibato se ha hecho consustancial al sacerdocio, y este imprime carácter indeleble: de modo que —según esto— el hecho disciplinar pasa a ser un hecho consustancial. Mas, en la Iglesia no es lícito crear fraudulenta y lentamente dogmas; y si la Historia enseña que el celibato no fué impuesto como esencial por J. C. al ministerio, ni de él se habla en la fórmula de ordenación que debe contener todo lo esencial, ni fué practicado como tal por los apóstoles, ni conocido en tal forma por los primeros siglos de la Iglesia latina, ni al presente es reconocido por otros ritos ortodoxos, qué clase de dogma cristiano sería ese que no tiene fundamento

visible en el Evangelio, que se halla desmentido por la práctica apostólica, negado por la primitiva tradición de la Iglesia Romana, y rechazado por algunos de sus ritos? Ese dogma procedería de un convencionalismo arbitrario, y que por lo mismo sería necesariamente falso. —Doctrina es bien clara de la Iglesia que el Papa tiene facultad para otorgar estas dispensas; y esto es inconcuso: el que lo negase sería hereje contra el Pontífice. Empero las facultades todas que Dios concedió al Papa según la Moral Católica, le han sido dadas *ad edificationem* y no *ad perditionem*, y todas ellas están sometidas a esta ley: de modo que no es señor de ellas, sino su ministro con poderes limitados *ad edificationem*. —En mi caso ¿qué exige esta ley de edificación? Para mi tranquilidad espiritual y temporal, necesito esta dispensa: esta necesidad íntima me la certifica a mí, mi conciencia, única que puede afirmarla ó negarla; y de esa mi conciencia dan fe indubitable mis aseveraciones y las razones alegadas. No es posible que la Iglesia dude del valor de ninguno de ambos testimonios. —Pero —dicen— el bien mío particular, puede reclamar que se dé la dispensa, y el bien público puede aconsejar la denegación. Esto, Excmo. Señor, es un principio de moral política, reprobada por la moral filosófica y teológica. Por este infame principio fué condenado Jesucristo «oportet unum mori pro populo»; y desde que el Decidido acusó esta iniquidad, no es lícito a la Iglesia invocarla como norma de su conducta. Dios no puede crear al hombre para que sea víctima de la sociedad; y si así lo hiciera ese individuo tendría derecho a acusar de cruel a Dios. ¿Conviene a la salvación de la Iglesia que yo me condene? Si dice que sí, yo afirmo desde luego que la Iglesia no ha venido para salvarme, sino para perderme: y por tanto es enemiga de mi salvación; y en tal caso, diría con San Pablo: ¿qué me importa a mí la Iglesia que salva a los demás, si me pierde a mí? —Pero ¿quién hay en la Tierra capaz de afirmar con seguridad de acierto, que conviene al bien público de la Iglesia negarme la dispensa y perderme? Nadie: el mismo Pontífice en este juicio está expuesto a errar: sus cálculos se fundan en simples conjeturas y apreciaciones personales de un criterio más ó menos respetable, pero siempre equivocadas; y por tanto nos hallamos ante un principio de Moral, que prohíbe causar un daño cierto é irreparable para buscar una *conveniencia incierta* y que puede ser la contraria. Y he aquí Excelentísimo Señor, esencialmente variada la cuestión: no se debe ya preguntar: ¿puede el Papa otorgar la dispensa? si no esto otro, ¿es lícito, al Papa, negar esta dispensa? —Yo creo firmísimamente que no: si fuese Pontífice, no quisría comparecer ante el tribunal de Dios con la responsabilidad de esta negativa.

Saliendo ahora de este orden esencial y viniendo al orden político de las conveniencias, se me ha dicho que de sentar precedente, otros muchos pedirían igual dispensa. Yo, Excmo. Sr., he creído siempre que más ganaría la Iglesia con dar todas las dispensas que se le pidieran, que con negar una sola; porque ¿de qué sirve en las batallas del Señor un soldado que va a la guerra ó permanece en ella arrastrado por la fuerza? Y creo además que son muchísimos más y mayores los males que los bienes que a la Iglesia se siguen de la negativa, y que serían más y mayores los bienes que vendrían de la concesión. Pero no es mi ánimo estudiar la cosa en su aspecto general, sino en mi caso particular, y en este sentido preguntar: ¿Tantos son los que se hallan en circunstancias tan anómalas como las mías? Yo no conozco otro alguno, y si lo hubiera, no por esto habría de temer gran cosa la Iglesia.

Y aquí he de expresar dos circunstancias particularísimas. Mientras pensé en el Ministerio, jamás cruzó por mi mente la idea del matrimonio ni de la dispensa; comprendo bien que dado el prejuicio popular de creer consubstancial el celibato con el ministerio eclesiástico, sería, no una herejía, ni una inmoralidad, sino una cosa chocante

en el ignorante pueblo de la Iglesia latina, ver a un ministro casado. Pero yo no trato de ejercer el ministerio, sino que desde hace siete años me abstengo de él y sólo pensé en el matrimonio después de dos años de renunciarlo. ¿Qué daño recibe con ello el ministerio? Los jueces, magistrados, militares, etc. pertenecen a ministerios que crean obligaciones profesionales; en cesando el ejercicio profesional, no se les exige el cumplimiento de aquellos deberes, y si los quebrantan, ni el cuerpo ni la Institución se dan por ofendidos.

Otra circunstancia notable es que yo no he conocido la joven con quien aspiro a casarme, hasta después de abandonado el ministerio. Nada he hecho ni podido hacer con ocasión ó pretexto de él, para este objeto: el menor intento en este sentido me habría parecido profanación y sacrilegio, pues conocía perfectamente los cánones que lo prohibían, y siempre tuve intención y energía para cumplirlos. Esta circunstancia responde prácticamente a quienes podrían objetar que de alojar la mano en este punto, no faltarían quienes se servirían del prestigio ministerial para cazar novias convenientes, prostituyendo el oficio, como por desgracia es prostituido para otros objetos no menos inmorales de que no es preciso ocuparme.

Dicho esto, Excmo. Sr., permítame su bondad que exponga con toda sinceridad mi conciencia y apréciela y júzguela con el elevado juicio de Pastor y de Padre discreto y razonable. No atribuyo a mi conciencia una indefectibilidad objetiva, sino una fatalidad subjetiva, única que puede salvarme; y a este tenor diré:

- 1.º Creo firmemente que Dios no me llama al Ministerio.
- 2.º Creo igualmente que sólo con el matrimonio hallaré la paz y tranquilidad que necesito para mi salud temporal y eterna.
- 3.º Creo que estoy en el deber de pedir la dispensa pontificia.
- 4.º Creo que el Padre Santo está en el deber de otorgarla.

Y si no la otorgase? He aquí, Excmo. Señor, una nueva cuestión.

Si el Sumo Pontífice no otorgase esta dispensa, creo que falta a su deber; y como, según terminante prescripción de la justicia y del Derecho Divino y humano, la falta de uno no puede perjudicar el derecho de otro: ante el Derecho divino y eclesiástico me creeré dispensado y pasaré a verificar el contrato matrimonial en la forma legal posible, levantando testimonio de haber pedido la dispensa y notificando al párroco respectivo en forma fehaciente nuestra voluntad de cumplir con los cánones y nuestra intención de hacer sacramento canónico, dejando al Pontífice que responda ante Dios de su conducta y a la Iglesia de sus leyes y de la manera de practicarlas.

Porque creí posible la concesión de la dispensa, porque creí que la Iglesia no podía condenarme en mis circunstancias al yugo de una vida tan difícil como la que me esperaba en esta situación; porque creí en la misericordia del Pontífice, cuando no bastase la justicia; por estas creencias contraí compromiso con una virtuosa y ejemplar doncella, cuyo amor conseguí y que estoy obligado a defender. Si el Padre Santo considera lícito para él, condenarnos a entrambos a las fatales consecuencias de una negativa arbitraria; yo no considero lícito dejar a esa criatura defraudada en su amor é ilusión, destrozando su corazón de mujer y entregando al ridículo público a ella y a su respetable familia.

Anduve engañado en aquellas creencias? Pues, Excmo. Señor: me engañó la Iglesia que me las enseñó en su Teología, en su Moral y en sus Cánones, y de ese mi error es ella la responsable.

¿Acertaba al creer así? Pues entonces, la negación de la dispensa es una injusticia suya, y esa injusticia no pueda crear en ella derecho, ni en mí deber alguno.

De mi conducta surgirá algún escándalo. De los escándalos es responsable el que cómodamente puede con solo una palabra evitarnos, y no el que para evitarnos necesitamos

hacer el sacrificio de su vida y quizás de su salvación.

Finalmente; Excmo. Señor: á la Iglesia pido con todo fervor é instancia esta dispensa: ella puede darnos un hogar tranquilo, sin nube alguna, sin odiosidad del pueblo fiel, sin crítica de las gentes: ¡cuánto no sería el agradecimiento de dos esposos y de los futuros hijos que pudiesen deber á la Iglesia tantos favores!—Sin ella vendrá la odiosidad, la murmuración, la aflicción de una mujer inocente y la sospecha sobre hijos más inocentes todavía: ¡cuántas lágrimas y amarguras causará la negativa! Si la Iglesia tiene entrañas de Madre, este su hijo le pide que falle sobre su felicidad ó su desgracia; y como por los frutos se conoce el árbol, por la manera de tratar á los hijos se conoce á la Madre.

Excmo. Señor: con esto considero que V. E. puede formar plena conciencia de la mía: no dudo de que juzgando con corazón de Padre, se dignará por su parte revisar las adjuntas preces, interesándose para su resolución favorable, á fin de que llegue pronto el día en que dos esposos puedan llamar llenos de satisfacción y gratitud á la Iglesia: «Madre Nuestra» y á V. E. Ilustrísima: «nuestro Padre».

De V. E. Ilma. y Rma. menor servidor
q. b. s. p. A.

S. PEY ORDEIX

La fiesta de los Sanchos

No me explicaba el entusiasmo que ha despertado la idea de elevar un monumento á Cervantes, hasta que, pensando pensando, se me ha ocurrido que tal vez sea por haber adivinado con tres siglos de anticipación el genuino tipo español de hoy.

No aquel D. Quijote, soñador de alta estirpe, legendario en valor, espejo de cortesanía, caballeroso y justiciero, amparador de menesterosos, desfacedor de entuertos y vengador de agravios, sino aquel Sanchito, codicioso y embustero, picado de malicia, inclinado á todo medro y adulator de poderosos.

Pintar el español del pasado con la perfección que Cervantes lo hizo en Don Quijote, mérito es que le reconoce el mundo entero; presentir, adivinar, fijar la mayor parte de los rasgos característicos del español del siglo xx en Sanchito, intuición tan maravillosa fué, que excede á la de los Isaías, Ezequieles y Danieles que profetizaran la venida del Mesías. Y digo la mayor parte, porque Cervantes no pudo concebir que la degradación de la raza á que él pertenecía llegase á la altura que hoy se encuentra; pero este mérito, superior al otro, sólo podemos apreciarlo bien los españoles.

Si, por su gran espíritu, abierto á todo ideal noble, no podía cruzar la visión de un pueblo devoto sin fe, prudente hasta la cobardía, resignado hasta el envilecimiento; pueblo en que la conciencia se vende, el honor se compra, la delación se premia, la apostasía escala cumbres, la traición abre senderos.

Por esto, por no ocurrírsele que á

tal abyección pudiese llegar un pueblo, no encarnó Cervantes en Sanchito todos los bajos instintos humanos, tenidos hoy en España como pruebas inequívocas de buen sentido.

Y por esto hay todavía de Sanchito á nosotros más distancia espiritual y moral, que había de él á don Quijote. Sanchito, al menos, ignorante y grosero como era, amaba á su modo y admiraba y seguía fielmente á don Quijote. Mas pobre del caballero de la Triste figura si llega á vivir ahora y toma por escudero á cualquiera de los descendientes de Sanchito. Á las pocas jornadas se hubiera visto robado, de allí á nada escarnecido y en breve abandonado, si no es que, en la pelea con los galeotes, sucumbe apedreado por la espalda.

Por todas estas razones, llamo la fiesta de los Sanchos á la que se proyecta en honor de Cervantes.

Los españoles de hoy no pueden comprender la grandeza moral y espiritual de Don Quijote. De comprenderla, no se vería España como se ve.

Y no vale presentar como prueba de que la comprenden, el hecho de entusiasmarse con la idea de elevar á Cervantes ese monumento.

¿Acaso no vemos adquirir títulos nobiliarios, para aparentar que tienen instintos aristocráticos, á los que se enriquecieron vendiendo habichuelas picadas y bacalao podrido, robando al público en el peso y estafándolo en la calidad?

¿Pues por qué no han de poder fingir los Sanchos, para aparentar que sienten anhelos espirituales, que se entusiasman con la idea de elevar un monumento al creador de Don Quijote?—J. N.

Rectificación de conducta

Bien considerado, yo debería mirar con simpatía á los jesuitas, puesto que vamos al mismo punto, aunque por diferentes senderos.

Yo pidiendo para los que nada tienen y ellos despojando á los que poseen, podemos encontrarnos á la mitad del camino: el día en que suene la hora de la equidad en el reloj de la justicia.

Sólo esta diferencia existe entre nosotros: que yo nada gano en este juego, mientras ellos se van alzando con todo.

Peró hasta esto pudiera ser una ventaja aquel día. De los dos términos del problema, despojar á los de arriba y repartir entre los de abajo, ellos nos dan uno resuelto, puesto que acumulan en sus manos todas las riquezas. Y siempre nos será menos trabajoso ir á sus Residencias por el dinero de todos los españoles, que no recogerlo de casa en casa.

Parecidos á las industriosas abejas, los jesuitas liban de flor en flor (quizás sería mejor decir en este caso chupan de individuo en individuo) el polen de que fabrican la miel que no han de comerse; llegamos nosotros el día supradicho, castramos la colmena, y nos repartimos equitativamente en pocas horas lo que ellos acumularon en tantos años.

Y será cosa de dar las gracias á los captadores de herencias, receptores de mandas y acaparadores de donativos arrancados al grito de ¡la bolsa ó el infierno!, por habernos ayudado á resolver el problema social despojando á los poderosos en beneficio de los desvalidos.

Por lo tanto, me decido desde hoy á mirar con cierta simpatía á los jesuitas, por ir al mismo punto que yo, aunque por diverso camino y con intención distinta.

La lámina de hoy

Escena que podría producirse, si la segunda venida de Jesús, anunciada en el Apocalipsis, se verificase ahora.

Entra Jesús en un templo de Madrid, y cual si él no lo supiese todo, pregunta á un clérigo, que lo toma por turista oriental al ver su indumentaria.

—¿Cómo se llaman esas arquillas colocadas en la pared?

—Cepillos.

—No comprendo...

—Sí, cepillos, diminutivo de cepos.

—¿Cepos en el templo? ¿Vienen á él acaso lobos en busca de los corderos de Jesús?

—Señor, esos cajones se colocan con el objeto de que los fieles depositen monedas en ellos.

—¿Monedas!

—Sí, para atender á las necesidades que especifica el letrado puesto en cada uno, recibiendo en cambio indulgencias y otros bienes espirituales.

—¿Que escucho! ¿Tomar dinero por lo que gratis se recibe? ¿Convertir el templo, casa de oración, en cepo ó trampa de cazar monedas? Voy ahora mismo por el látigo...

—¡Caballero! ¡Respetad el Sagrado lugar en que estáis, ó salid inmediatamente!

—¡Irme yo de mi casa! ¿Sabéis lo que decís?

—¿Vuestra casa? ¡Estáis loco! Fuera de aquí, ó llamo á una pareja de Orden público. Esta casa es la del que amaba la pobreza y recomendaba á los suyos que no se inquietaron por lo que habían de comer y vestir.

Jesús lo mira con la severidad que

su Padre mirará á los réprobos el día del Juicio final, y sale del templo diciendo en voz baja:

—Sí, tiene razón. Esta no es mi casa.

Fuera de su sitio

He creído siempre que todo hombre, al debutar en política, se propone fines honrados, sea cualquiera el partido á que se afilie. En la elección influyen á veces circunstancias ajenas á la voluntad del individuo: la familia de que se nace, el medio en que se vive, las ideas predominantes en aquel momento...

Esta convicción me ha hecho de algún tiempo acá relativamente tolerante con los hombres de talento que, no hallando ambiente apropiado entre los partidos avanzados, se van á los monárquicos.

Y allá va un ejemplo:

En el artículo que el consumado escritor y crítico Manuel Bueno dedica á la *reprisse* del drama de Pérez Galdós, *Los condenados*, embute este sustancioso párrafo:

«El espíritu humano rígesse por el meridiano de la eternidad. Para llegar á esas cimas de perfección es indispensable escalar los cerros del sufrimiento y de la humillación, hiriéndose voluntariamente con las espinas del camino. Claro está que el revistero no siente la menor vocación á esos martirios ni aspira á reconciliarse con un Dios de cuya existencia no está seguro por esa vía de rudas pruebas. Está comentando una obra admirable, y nada más. Si alguna vez piensa el revistero en la divinidad, no cae en la tentación de hacerla responsable de nuestros pasos en la Tierra. Dios es, probablemente, todo sabiduría, todo incoherencia y todo crueldad.»

Comparo esa masculina independencia en el pensar, con el servilismo de algunos de mis correligionarios ante la Iglesia, y repito lo que varias he dicho:

«Prefiero un monárquico anticlerical, á un republicano ortodoxo.»

VIDA ESPAÑOLA

En Madrid va á construirse un nuevo templo en la calle de Ayala, dedicado al culto del *Cristo de la Salud*.

En Logroño va á construirse una plaza de toros.

Estas dos noticias compendian y resumen la vida de los españoles

¿Que el hambre nos amenaza?

Pues por la mañana á misa y por la tarde á la plaza.

¿Que nos atacan los moros? Pues á rezar á la iglesia y á blasfemar á los toros.

¿Que tenemos alegría? Pues vamos á los novillos y luego á la romería.

¿Que nos agobia la pena? Pues después de ver al Gallo, al sermón ó á la novena.

Y ora postrado ante el clero, ora aplaudiendo al torero, se va este pueblo quedando sin vergüenza, sin dinero, sin pluma y cacareando.

Cine clerical

Confesión anual

I

Comedor de buen gusto. Elvira, mujer joven y guapa, y su esposo Enrique, apuesto mozo, toman café. Una doncella entra y sale.

—Ya sabía yo que saldrías por ese registro.

—Naturalmente, hombre. Estamos ya en semana santa, y todavía no has ido á confesarte. El otro día vi en la iglesia á tus dos compañeros de oficina, Elduayen y Sotillo, y comulgaron con un fervor que daba gusto el mirarlos.

—¡Buen par de hipócritas! Lo hacen por halagar al ministro.

—Y hacen bien.

—¡Ah! De modo que tú crees que estas cosas se deben hacer para quedar bien con la gente. ¡Bonita religión!

—Yo no digo eso; yo digo que tú eres católico y estás obligado á cumplir los deberes de tal, y ya que no te confieses todas las semanas como yo, por lo menos que lo hagas una vez al año: creo que no sería ninguna cosa del otro mundo. ¿Por qué crees tú que te dieron el ascenso el año pasado? Pues por mí, porque la ministra me veía todos los viernes en el Apostolado, y cuando se lo pedí me dijo: «Usted es una señora muy piadosa, y es digna de que su casa suba y prospere». ¿Qué te parece? ¿Sirven ó no, las confesiones? En buen país estamos y buenos tiempos corren para alardear de hereje y jacobino... Acuérdate de lo que le sucedió á tu amigo Muñiz, que por alabar *La garra* le mandaron á los sótanos del archivo, á podrirse entre polvo y telarañas, y eso que le tocaba salir para una secretaría... ¡Ah! Y confíesate con el P. Mocho, que ya sabes que tiene mucha metidura con Dato: bueno es que te conozca.

—Entonces sólo le contaré virtudes...

—Cuéntale lo que quieras... ¿Es

que tú eres un gran pecador, tunantillo? ¿Irás mañana, monín?...

—Sí, mujer sí... Vamos, estate quieta, que viene la muchacha.

II

Iglesia muy concurrida de público distinguido. Muchas damas y caballeros; los confesonarios con larga cola de penitentes en espera.

—¿De modo que usted es el esposo de D.^a Elvira, el empleado en el ministerio de Estado?...

—Sí, Padre.

—No recuerdo de haberle visto.

—Me confesaba con el P. Desliz, que murió hace tres meses.

—Vaya, vaya... Pues yo tenía un asuntillo que recomendar á usted: es cosa de su departamento.

—Pues todo lo que usted quiera, Padre.

—Ya se lo explicaré por escrito ó cuando venga D.^a Elvira; hoy hay mucha gente.

—También yo tenía que pedirle á V. R. una pequeña recomendación para el Presidente.

—Concedida desde luego: venga por casa, y ya me dirá... Bueno, supongo que no tendrá ningún pecado grave...

—No, Padre; pequeneces, alguna impaciencia, pequeñas murmuraciones, disputillas con Elvira, cosas así...

—Bueno, bueno; rece en penitencia una salve y... recuerdos á doña Elvira.

—De su parte, Padre. Ya iré por la Residencia.

Y á esto llaman *confesión anual*.
FRAY GERUNDIO

Hecho maravilloso

Refiere *La Rioja*, periódico de Logroño, que desde el día 4 del actual aparece al lado del trono de la Virgen del Roble que hay en una ermita de Sorzano, una lucecita de gran intensidad que semeja una chispa eléctrica; chispa que se mueve al rededor de la imagen, habiendo momentos en que parece que surge la imagen enmedio de un relámpago.

Y añade que los vecinos creen que se trata de un verdadero milagro, con el cual la Virgen quiere avivar y sostener la fe en estos tiempos de corrupción y mentiras.

Realmente hay aquí algo maravilloso: el que la Virgen haya elegido la ermita de Sorzano para avivar la fe, habiendo centros de corrupción y mentiras mucho más grande, como, por ejemplo, este Madrid donde resido.

Lo demás, lo de la chispa, carece de importancia; se hacen hoy tantas diabluras con la electricidad, que ya no nos admiramos de los milagros que con ella puedan perpetrarse.

EL MOTÍN



(La explicación en la plana tercera.)

Visto Bueno

Alberto Pérez Lugin ha publicado en *Heraldo de Madrid* un hermoso artículo dándole un recorrido de primera al exministro Sr. López Muñoz, por haber expuesto al rey los trabajos realizados por la Asociación de Escritores y Artistas, que ahora preside, para fundar un Asilo de escritores desvalidos que se denominará pomposamente «Instituto Cervantes».

Si dispusiera de espacio suficiente lo reproduciría íntegro, pues merece ser conocido; mas ya que no, copiaré varios párrafos:

Después de recordar al Sr. López Muñoz que nada hizo por los escritores cuando fué ministro de Instrucción Pública y de Estado, dice Pérez Lugin:

«El Sr. López Muñoz pudo y debió contar en Palacio, entre otras muchas cosas, que el escritor en España, víctima de una explotación y de un desdén sin nombre, trabaja para una porción de gente menos para sí. Que mientras los editores se enriquecen, el escritor que los hace ricos vive difícilmente, teniendo que co-honestar los más opuestos trabajos con sus aficiones literarias y artísticas. Que si el escritor no vende la propiedad del libro que tantas cavilaciones le ha costado por el precio miserable que aquí se paga por ella —bastantes lentejas menos que las que entraron en la ración del hambriento Esaú— y se decide a editar por su cuenta sus libros, habrá de darlos a administrar con el «cinuenta ó el sesenta por ciento de comisión, sobre el precio de venta»; por donde, luego de descontarlos los no pequeños gastos de imprenta, papel, encuadernación, etc., que suben un pico, vienen a quedarle al que puso el trabajo, las ideas y el capital unas cuantas perras chicas frente a los siete ú ocho reales y un can gordo por ejemplar vendido al precio corriente de tres pesetas cincuenta que le quedan al administrador.»

Habla después Lugin del precio fabuloso que alcanza el papel á causa de los misterios arancelarios, y lo caro que sale por lo tanto el libro, y continúa:

«En el caso del Sr. Muñoz, yo hubiera contado en Palacio lo atrasadísimo que está en España el comercio de libros: cómo hasta las Compañías de ferrocarriles, olvidándose del carácter público que tienen las estaciones, persiguen en ellas la venta de libros que no son de su agrado, estableciendo una especie de censura, á la que no tienen ningún derecho. Y no son únicamente las Empresas ferroviarias las enemigas del libro, sino que hasta la misma Di-

rección general de Comunicaciones ha declarado la guerra al libro barato, cobrando la misma cantidad por franqueo y certificado de un libro caro que por otro económico; por donde viene á agravarse cada libro de peseta que se manda por correo con un 30 ó 40 por 100 de su valor, lo cual clama algo más arriba del cielo.»

«Debió decir también el Sr. López Muñoz, que con un poco de buena voluntad por parte de los Gobiernos, y singularmente de aquellos dos ministerios que él ha desempeñado, prestando á los escritores la ayuda necesaria, podía conquistarse por completo para los españoles el mercado de América, del cual se van apoderando las casas extranjeras.»

Y después de exponer varios datos acerca de lo que ganan las casas francesas, inglesas, alemanas y norteamericanas que se dedican á hacer libros españoles para América, lo que pudiera evitarse ó aminorarse concertando eficaces Tratados de propiedad literaria, ya que los actuales no sirven, y de censurar á los que, teniendo dinero, piden á los escritores que los regalen los libros que publican, termina el artículo con estas frases dignas y valientes:

«No; no es con la vergüenza de un asilo como se ha de arreglar este pequeño problema.

«¿Qué manía de fundar asilos ha entrado á los españoles! No hay indiano que vuelva rico á su patria ó dama caritativa cargada de millones que no se dediquen con el mayor entusiasmo buena fe á levantar casas de misericordia.

«Muera D. Juan de Robres!»

«Bien, compañero, bien... ¡Por ahí, por ahí!... ¡Duro en los que buscan notoriedad por el camino de la filantropía cursi!

«¿Asilar á los escritores desvalidos? ¡Ridiculez como ella!...

«Poner el sello de mendigos á los próceres del pensamiento? ¡Insulto más afrentoso!...

Gracias al compañero Pérez Lugin por haber alzado la bandera de la protesta contra esa humillación que se pretendía imponer á los escritores, á más de castrarlos para toda acción viril.

Un escritor que no come, puede en un momento de ira escribir algo que contribuya al derribo de lo que impide que los demás coman.

Un escritor devorando resignado la bazofia de la caridad, se convierte en un ser despreciable que jamás tuvo conciencia del papel que le correspondía desempeñar en una sociedad que pretende pagar con patatas y habichuelas mal guisadas la redención moral y material que él soñó para ella.

¡Nada, nada!... ¡Guerra á eso proyectol...! Que morirán abandonados

muchos escritores? Lamentable es, pero traerá la inapreciable ventaja, de que comprendan los que sobrevivan que su redención está en ellos.

Y en cuanto á los libreros y editores ¿qué decir? Que hacen mal los *Pernales* que se echan al campo para medrar contra ley, existiendo esos dos oficios donde pueden enriquecerse sin exposición ninguna.

Los autores de obras teatrales lograron sustraerse á los latrocinios legales de los antiguos editores. ¿Por qué no se asocian los autores de libros para librarse de caer indefensos en las garras de esos honrados (?) industriales que ganan (?) el sesenta ó el setenta por ciento, mientras á ellos les queda escasamente el diez de ganancia líquida?

Este sería el único medio de acabar con esa cuadrilla de... (seamos benévolo) de usureros que se colocan entre el escritor y el público para explotar á ambos con más ferocidad y ensañamiento que los ahorcables bandidos que hacen lo mismo con el pan y otras sustancias alimenticias.

¡Malia quen-a consentell!

Eu ben sey, Compañía migalleira,
Qu'a ti non eñhan de dar moitos coidados
o que quedaran tantos disgraciados
sen vida, na catombe de Frieira.

Búlaste ¡si! da Ley ¡camanduleiral!
que zugas o señor dos empregados,
tristes parias, por ti, ameazados,
¡Draentartille-l-a vida, xa lixeira!

Todo che saíra cal ti desexas,
N'iste pobo de tanto padriano
que co-a axuda do Estado despelexas.
Y'o castigo examprar de tanto dano
cicáis ¡pinga-laceiral! que non vexas
pois ben sabes que dorme Nan Hispano.

A. V. A.

Ourense.

Ni me enfria ni me calienta

El día 5 por la mañana se declaró un violento incendio en la ermita del Calvario del pueblo de Villahermosa (Castellón), que destruyó el altar mayor y la imagen de Jesús yacente.

Recaen vehementes sospechas de culpabilidad sobre una chispa desprendida del incensario el día antes.

¿Quieren mis lectores que les diga francamente el efecto que me ha producido ese incendio, como todos los que ocurren en los templos?

Pues allá va: ni me ha enfriado ni me ha calentado.

Al revés de lo que me ocurre siempre que me entero de que se ha quemado una choza ó una boharrilla habitada por seres humanos.

Tres cuentecillos populares

RECOGIDOS EN OSUNA

I

Diendo er Señó con San Pedro po un camino alante, le preguntó er Debino Maestro: — ¿Cuár clase e fruta es la que más te gusta de toas? San Pedro de güena gana hubiea dicho que las ubas; pero por ta qu' er Señó, que sabía qu' era mu afisionao ar bino, no juera á secá las parras, ba y piensa: — «Le iré que la que más me gusta es los jigos; á bien que no los pueo be ni pintaos y naitita me da que s' achicharren toas las jigueras er mundo.» Y sarta y dice: — «Señó, aonde yegan los jigos no yegan na pa mi gusto.» Y le ise 'r Señó, ise: — «Pos ya qu' es asina qu' en dej' ahora algo un pa e cosechas al año.» San Pedro, e rabia que le dió, se pegó un tirón d' una oreja, isiendo pa su buche: — «Hemos jecho un pan com' unas hostias; si l' hubiea dicho que las ubas, habría bino nuebo dos beses al año.» Y bea 'sté por donde San Pedro tié una oreja más baja que la otra y las jigueras tién dos cosechas al año.

II

Diendo de camino er Señó y San Pedro entraron en una posá pa pasá la noche, y antes e dormí se pusieron á resá 'er rosario. Unos asituneros qu' estaban dormiendo 'n er pajá, le cayó malamente aquer runrun, y uno de ellos pegó una bo disiendo: — «¿Quereis cayarse?», y en biendo que bieron que no lo jasían, jué y agarró un tranco y le pegó cuatro palos á San Pedro, qu' jué 'r que salió á abrí la puerta. Y ba y dise 'r Señó... — «Compae Pedro, no hay más que tené pasensia y seguí resando pa ganá 'r sielo.» Y sarta San Pedro: — «Pero Señó, ¿le paese á usté rigulá qu' yegue otra be ese animá pa que m' eslome?» Y dise... — «Pos lo qu' es por eso no tengas cuidao, Perico; poique si güerbe á bení er der palo, yo mesmo sardré á abrí pa que se trompiese conmigo. Resa que te resa, y otra bes el aseitanero; ba y abre 'r Señó; pero como la bienda estaba argo escuriya, er tío aqué se figuró que 'r que salía á abrí era el mismo de antes, y le dise ar Señó... — «A ti ya t' hs dao leña; ahora le toca ar qu' está etrás.» Y jué y l' arrió otros cuatro palo ar probe San Pedro. Y chanfle.

III

Cuando er Señó y San Pedro andaba po'r mundo, iban un día por el camino y se jayaron á un hombre qu' estaba arando con dos borriquiyos mu malos y estaba esesperao, echando sapos y culebras por aque-

ya boca, en be que no adelantaba na por más que jasía. Y dise 'r Señó, ijole... — «Adiós, hijo e Dios.» Anda que te anda, anda que te anda, y s' encuentran á una mujé que benía echando dieses con un rosario mu largo y pegándose gorpes é pecho. Y ar pasá ise: — «Adiós, hija er diablo.» San Pedro preguntó á su Maestro por qué ar qu' echaba tantos botos l' había yamao hijo e Dios y á una mujé que paesía tan santa l' había dao er dirtao de hija er diablo. Y responde 'r Señó: — «Aquer hombre, aunque m' estaba agrabiando, tenía disculpa, porqu, er probe siyo estaba trabajando pa mantené su gente; pero esta mujé tié que ardé biba 'n el infierno porque 'stá 'engañando ar mundo y me quíe 'ngaña á mí tamién con su hiproquesía.» — F. RODRÍGUEZ MARÍN

Maestros y discípulos

Don Práxedes Zancada, al dar las gracias á *El País* por las referencias que ha hecho de su último libro *La guerra europea en su aspecto político*, recuerda lo que Bismark contestó á un diputado bávaro ultramontano que le interrogó en el Reichstag acerca del hecho de haber reconocido Alemania el Gobierno provisional del general Serrano.

«Si hubiese sido conforme á las tradiciones del derecho de gentes, si hubiese sido digno de nosotros responder de la misma manera á los procedimientos bárbaros de los carlistas, á sus procedimientos crueles propios de verdugos, nosotros hubiésemos llegado al primer puesto carlista y hubiésemos ahorcado al primer oficial que cayera en nuestro poder. Esta hubiese sido represalia propia de procedimientos primitivos.

Pero yo he creído que lo mejor era afirmar, reconociéndolos, los restos de estabilidad política que existen todavía en España, el último fulgor de organización que hay aún en aquel país.»

Y dijo esto Bismark aludiendo al bárbaro fusilamiento del capitán alemán Schmidt, llevado á cabo en Junio de 1874 por los carlistas; capitán que iba como corresponsal de guerra con el ejército liberal y al que cogieron prisionero.

Ha estado oportuno Zancada al evocar ese recuerdo, que revienta lo mismo á los carlistas que fusilaban en 1874 á los corresponsales alemanes, que á los alemanes que ahora fusilan paisanos indefensos ó destrazan mujeres y niños arrojando bombas en poblaciones abiertas.

Esto explica la simpatía de los carlistas por los alemanes de hoy. Ven en ellos sus discípulos.

Columnas desabrigadas

Según *The New York Herald*, en los Círculos artísticos de Nueva York se comenta mucho la reciente llegada de 11.000 yardas de terciopelo español del siglo XVI, procedente de la catedral de Avila, donde se empleaban en ciertas funciones religiosas para cubrir las columnas del templo.

Esa ofrenda fué hecha en 1575 por un devoto, que no esperaba ciertamente que su regalo fuese vendido á una nación que no existía aún.

La Casa de Nueva York que ha recibido las artísticas telas, las ha comprado directamente.

¡Con cuánta alegría me he enterado de esa noticia! Tenía pensado ir á Avila á admirar ese terciopelo, y mire usted por donde me he ahorrado los gastos del viaje.

Únicamente lo siento por los pobres columnas, que no podrán ya abrigarse en las fiestas que se celebran. ¡Qué frío van á pasar!

Se observará que nada digo de los que han robado el terciopelo.

¿Para qué, si sería perfectamente inútil, dado que los jueces españoles son poco afortunados para descubrir á los ladrones de iglesias, sobre todo á los que roban objetos de gran valor?

Sería perder el tiempo, y yo, enterado de que el tiempo es oro, soy más avaro de él cada día.

Dos iglesias menos

En Villanueva de San Juan, provincia de Sevilla, se ha hundido la iglesia parroquial. El altar y varias imágenes de gran mérito se hicieron ciscó.

¡Cúmplase la voluntad de Dios!

En la iglesia de Nienwerke, localidad situada á 14 kilómetros de Iprés, celebraba la misa el abate Raynaert, antiguo profesor en Ostende, cuando una bomba, lanzada por aviadores alemanes, atravesó la techumbre del templo é hizo explosión en el coro.

El sacerdote cayó al suelo bañado en sangre, falleciendo poco después á consecuencia de las heridas. También murieron 12 fleles.

¡Hágase la voluntad del Kaiser, brazo de Dios en la Tierra, según él mismo ha declarado!

Poesías festivas anticlericales

Cuatro tomos, á peseta cada uno.

Los milagros

por

ROBERTO ROBERT

(CONCLUSIÓN)

brian creído en el milagro, y quizá habrían dado muerte al rey, y todo habría sido desórdenes, y...

Lo dicho:

La fe ha obrado grandes prodigios.

..

Melchor Cano dice que en el defecto de inventar milagros incurrieron sujetos, «no sólo de santidad notoria, sino de eminente doctrina.»

Esto en cuanto á lo antiguo.

Hemos dicho ya que la mismísima Congregación, de noventa y tantos milagros atribuidos á un canonizando, sólo halló uno que tuviese los quilates requeridos por la ley.

Un santo que hemos citado, decía hace muchísimos años que en su tiempo ya se hacían pocos milagros, porque... porque no eran menester.

Sin embargo, sin embargo...

..

Pues, como decía, es cierto que hubo, hay y habrá milagros verdaderos, obra de la mano del Omnipotente y de sus santos predilectos, y en algunos millares de esos milagros, después de trascurridos muchos siglos, parece que aún se ve la señal de los dedos santos.

..

Llenos están nuestros santuarios de colgajos, de tetas y barrigas, piernas y ojos, brazos y cabezas de cera y también de plata, elocuente pepitoria que atestigua no ser hoy los milagros tan escasos como querrian algunos.

..

De todo cuanto llevamos dicho se desprende que hay milagros verdaderos.

En vano trata la impiedad de negarlos.

Arde el cirio, arde el hacha continuamente al pié de las sagradas imágenes, y el floreciente estado del comercio de cerería nos demuestra que no está sordo el cielo á los ruegos de los fieles.

..

En este mismo instante (Mayo de 1869), un propietario de San Martín (Gratz), en el distrito de Abstenau, acaba de ser entregado á los tribunales porque había arreglado cierta imagen de la Virgen María, expuesta á la piedad frente á su casa, de modo

que de cuando en cuando cayesen gotas de agua de sus ojos, como vertiendo llanto.

Por cuyo medio había engañado á mucha gente.

¿Y no es milagroso que á estas fechas aún haya quien crea y pague esas plagiadas lágrimas?

..

Hemos procurado ser sóbrios al tratar de los milagros falsos.

Frugales hemos de ser con respecto á los verdaderos.

La materia no es como por ejemplo las bellas artes, la física ó las matemáticas, donde sin temor puede el laico proponer teorías y dar soluciones.

No: los milagros, propiamente dichos, tales como se han estilado en las religiones que han ido siendo, la única verdadera conforme les ha tocado la vez, son de naturaleza delicada, y sin haber recibido sagradas órdenes, no es conveniente ni productivo tratarlos. Dejemos, pues, este asunto á los sacerdotes.

Nosotros, lo decimos con lealtad, nos ganamos la vida con otro artículo.

La simonía

SIMONÍA, f. La compra ó venta de cosas espirituales ó que dependan de ellas.
(Diccionario de la lengua castellana por la Academia española. 1869.)

SIMONÍA

(Diccionario de teología.)

La compra y venta de las cosas espirituales es uno de los vicios que á la Iglesia católica suelen achacar sus enemigos.

Sobre el tema de la simonía se levantaron hace mucho tiempo dos argumentos contrarios, que no sé yo cómo no se cansan de estar en pie.

Dicen los incrédulos: Cuando otra prueba no hubiera de que la Iglesia es una mera institución humana, bastaría ver el vergonzoso comercio que ha hecho de las cosas espirituales.

Y dicen los creyentes: La mayor prueba de que la Iglesia es de origen divino, consiste precisamente en ver que sobrevive, á pesar de esas vergonzosas acciones que ha cometido.

Y replican aquéllos: Pues si hubiese sido divina, no se habría manchado con tantos crímenes.

Y contrarepican los otros: Pues si no hubiese sido divina, tantos crímenes habrían acabado con ella.

Y vuelven á empezar.

Porque es cosa admirable la paciencia que tienen para repetir siempre lo mismo los que disputan sobre Iglesia.

Y sobre todo, es admirable en los incrédulos, que son los que pagan; que en los creyentes que cobran, ya se concibe más fácilmente la temeridad con que disputan.

..

La teología ha resuelto ya teológicamente el punto; sólo falta que sea aceptada su solución para que cese esa eterna controversia.

¿Se cita un hecho remoto de crímenes, vicios é ignorancia en la gran mayoría de los eclesiásticos?

Pues se responde: El mal no estaba en la Iglesia, sino en la barbarie de los tiempos.

¿Se habla de la barbarie de esos mismos tiempos?

Pues se replica: Nunca brilló más pura que entonces la fe, ni fué más respetada la Iglesia.

¿Se habla de la codicia y la lujuria de los sacerdotes?

Pues no hay más que citar á alguno que viviese pobre y castamente.

¿Se la censura por su riqueza?

¿Si la Iglesia nunca ha poseído nada!

¿Se habla de leyes de desamortización?

¿Si los liberales han despojado á la Iglesia de inmensos bienes!

De suerte, que con diez ó doce combinaciones de palabras, se demuestra, según convenga á píos ó impíos, que la Iglesia siempre ha sido pobre y rica, divinamente sabia y santamente ignorante, ajena á los negocios mundanos y encargada de todos los intereses sociales; superior á todas las potestades de la tierra y víctima de los desmanes de los poderosos; administradora íntegra de los pobres, y con derecho á todo lo que los pobres poseyeron; esencialmente mística y fomentadora de las artes de lujo.

¿Se puede pedir más?

Ha hecho como el que mató á su padre y después suplicaba al tribunal que se apiadase de un pobre huérfano.

Así opinan los impíos.

..

La simonía es signo de profunda corrupción, lo cual me hace presumir que no se arraigó en la Iglesia católica tanto como algunos suponen.

Al tratar de los Papas hemos dado cuenta del escándalo, la pelea y los asesinatos cometidos en Roma, cuando se disputaban el obispado el es-

(Continuará).

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID